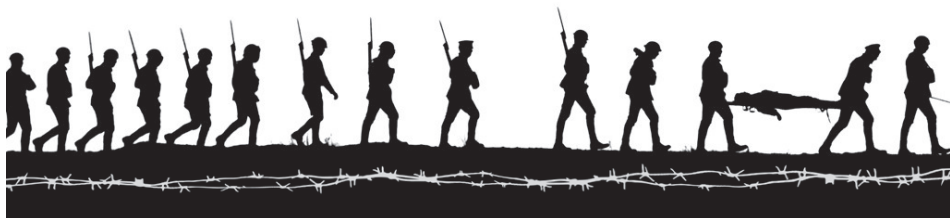




EN BUSCA DE LA VICTORIA DECISIVA

DEL PUNTO MUERTO A LA BLITZKRIEG EN EUROPA, 1899-1940



ROBERT M. CITINO

www.hrmediciones.es





ÍNDICE

PRÓLOGO	7
PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA	19
CAPÍTULO 1	
LA GUERRA EN EL SIGLO XIX: EL COLAPSO DE LA DOCTRINA NAPOLEÓNICA.....	23
CAPÍTULO 2	
LA POTENCIA DE FUEGO TRIUNFANTE: LA GUERRA SUDAFRICANA.....	65
CAPÍTULO 3	
LA GUERRA RUSO-JAPONESA.....	107
CAPÍTULO 4	
LAS GUERRAS Balcánicas, 1912-1913.....	155
CAPÍTULO 5	
LA I GUERRA MUNDIAL: EL FINAL DE LAS OPERACIONES DECISIVAS.....	207
CAPÍTULO 6	
LOS AÑOS DE ENTREGUERRAS: DOCTRINA E INNOVACIÓN.....	263
CAPÍTULO 7	
ETIOPÍA Y ESPAÑA.....	307
CAPÍTULO 8	
EL ARTE OPERACIONAL RENACE: LAS BATALLAS INICIALES DE LA SGM.....	363
BIBLIOGRAFÍA	409

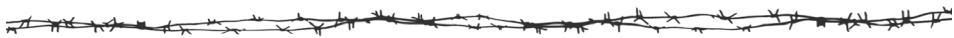




Para mi hija Allison



PRÓLOGO



EL PROBLEMA

Judas Macabeo acababa de recibir malas noticias. El líder de la revuelta judía contra Antíoco IV Epífanes en el siglo II a.C. había estado al mando de su fuerza desigual de rebeldes durante algún tiempo contra las tropas regulares del ejército real dirigidas por Apolonio. La lucha había sido bastante difícil, pero ahora sabía que un segundo ejército estaba saliendo de Siria, a las órdenes Serón, para enlazar con Apolonio y aplastar la rebelión de una vez por todas. Esta nueva fuerza había entrado en Judea por la llanura costera y ahora estaba comenzando el ascenso hacia las colinas de Judea por Beth-horon, el paso que ha jugado un papel tan importante en la historia militar de Israel. Judas sabía que tenía que impedir que los dos ejércitos se unieran contra él. Después de dirigir unas palabras para tranquilizar a sus nerviosas tropas e inspirar confianza en ellas, marchó a combatir contra Serón.

Sus hombres tenían razones para estar intranquilos. Cualquiera de los ejércitos enemigos los superaba en número. “¿Cómo podemos, siendo tan pocos, luchar contra un ejército tan poderoso como este?”, preguntaron. Pero Judas debía equilibrar la situación. Marchando a la velocidad del rayo sobre un terreno que conocía mucho mejor que su adversario, llegó a la cabecera del paso mucho antes que Serón. Desplegado en una posición ventajosa, lanzó un ataque sorpresa sobre las columnas de este mientras permanecían dispersas y las aisló en Beth-horon. La historia se cuenta en Macabeos 1:



En busca de la victoria decisiva

Cuando terminó de hablar, se abalanzó repentinamente contra Serón y su ejército, y ellos fueron aplastados ante él. Los persiguieron a lo largo de todo el descenso desde Beth-horon hasta la llanura; ochocientos de ellos cayeron, y el resto huyó hacia la tierra de los filisteos. Entonces, Judas y sus hermanos comenzaron a ser temidos, y el terror cayó sobre los gentiles que los rodeaban. Su fama llegó al rey, y los gentiles hablaron de las batallas de Judas. Cuando Antíoco escuchó estos informes, se enojó enormemente¹.

Y bien podría ser. A pesar de sus aparentes ventajas, el demasiado confiado ejército de Serón había sido destruido. Comparado con la fuerza de irregulares de Judas, estaba mejor armado, mejor entrenado y, ciertamente, mejor organizado para la guerra. La motivación probablemente era más fuerte entre los macabeos, luchando como estaban por sus hogares, mujeres e hijos –“nuestras vidas y nuestras leyes”, como Judas les exhortó en un discurso antes de la batalla–. Los hombres de Serón, sin embargo, especialmente sus oficiales, tenían sus propias vidas y carreras en las que pensar, y eso es una motivación poderosa en cualquier caso.

La única ventaja de la que disfrutaban los judíos en este encuentro era su superior movilidad. Conocían el terreno: cada pliegue, cresta y paso montañoso. No tenían un tren de suministro real o equipamiento pesado que llevar consigo, y su falta de esta “impedimenta” significaba que podían moverse mucho más rápido que sus adversarios. Judas explotó esta ventaja para llevar a su ejército a una posición desde la cual pudo contrarrestar la superioridad numérica de Serón, atrapándole en un paso estrecho donde el sirio no podía desplegar a su fuerza principal.

La batalla en sí, aunque no descrita en detalle por el autor antiguo, todavía es un modelo operativo perfectamente válido para un encuentro militar decisivo. El oponente más móvil se despliega en una posición de fuerza, entonces lanza un rápido asalto. El enemigo, sorprendido o desconcertado o ambas cosas, finalmente llega al punto donde el instinto de supervivencia supera a la voluntad de vencer. Se da la vuelta y huye, un momento llamado por los antiguos griegos la *trope*, o “giro” de la batalla (dando su nombre al memorial que el bando victorioso erigiría en el lugar, el “trofeo”). Ahora,

¹ El pasaje se encuentra en Macabeos 1 3: 23-27. La traducción es de la *New Revised Standard Version, Catholic Edition* (Oxford, Oxford University Press, 1999).



con el enemigo sin disciplina y huyendo del campo de batalla, llegaba el momento para la persecución.

Es esta última fase la más importante. El enemigo está batido, pero eso es realmente una cosa momentánea, una pérdida de coraje que podía durar un día o incluso una semana, pero que también podría durar solamente unos minutos. El vencedor, por consiguiente, debe perseguir, impidiendo que el enemigo se reorganice o recupere su confianza. El perseguidor no tiene que matar hasta el último soldado del ejército enemigo para destruirlo como una fuerza de combate efectiva. Solamente necesita dispersarlo y destruir su organización.

La persecución es lo que convierte a una batalla victoriosa en una campaña victoriosa. En términos modernos, la persecución es el enlace entre la guerra al nivel de *tácticas* (la técnica de ganar una batalla) y el nivel de *operaciones* (el arte de ganar una campaña militar). El modelo “asalto-giro-persecución” es lo bastante flexible para servir como guía para muchos siglos, incluso milenios, de historia militar. Cuando uno lee relatos de una victoria decisiva, por lo general está leyendo sobre una persecución exitosa.

Unos 2.000 años después, en el curso del siglo XIX, este modelo comenzó a descomponerse. Parecía ser una paradoja. Los ejércitos nunca habían sido tan grandes. Las tropas nunca habían estado tan bien entrenadas o equipadas, y nunca había habido mentes más talentosas e inteligentes pensando y diseñando la doctrina militar. Pero estaba sucediendo algo que incluso un observador medianamente inteligente podía ver. Las batallas todavía se libraban –batallas grandes, sangrientas y horribles– pero no se libraban con ningún propósito bueno. En la mayoría de las guerras del siglo XIX (la guerra de Crimea de 1854-1855, la guerra italiana de 1859 entre los ejércitos austríaco y francés, la Guerra de Secesión Norteamericana), las grandes batallas fueron curiosamente indecisas. Un bando, normalmente el más agresivo, el bando atacante, ganaba; el otro huía. Y luego... nada. Raramente había una persecución. El enemigo no acosado tenía un respiro para reorganizarse, forzando otra batalla en algún otro lugar, en el que todo el proceso se repetiría.

No era difícil ver las razones de la falta de persecución y la esterilidad resultante de las grandes batallas. Las armas de fuego estaban experimentando una transformación sin paralelo desde su introducción en la guerra europea en el siglo XV. Las armas de ánima lisa –mosquetes y piezas de artillería– estaban dando paso a las de ánima rayada; las estrías grabadas dentro del



cañón daban un movimiento de rotación a los proyectiles que estas armas disparaban, aumentando sustancialmente su alcance y precisión. Mientras un mosquete de ánima lisa podía tener un alcance efectivo (definido como una probabilidad del 50% de alcanzar el blanco) de mucho menos de 90 metros, y probablemente menos de 45, un mosquete rayado (o simplemente “fusil”) tenía un alcance de entre 460 y 730 metros, si lo permitía el terreno y la línea de visión. Ya no era necesario que los defensores esperaran hasta que pudieran “ver los blancos con sus propios ojos” antes de abrir fuego. Las tropas atacantes se convertían en blancos a mayores distancias y durante períodos más largos, y sus bajas aumentaban. Por supuesto, tenían sus propias armas, pero el defensor inmóvil, que disparaba descargas cuidadosamente dirigidas, tenía ventaja sobre un soldado de infantería atacante que se apresuraba a avanzar lo más rápidamente posible.

Esto no quiere decir que no hubiera asaltos exitosos durante el siglo XIX. El atacante podía igualar las posibilidades, o incluso inclinarlas a su favor, con una artillería superior, obligando a los defensores a mantener sus cabezas bajas y suprimiendo su fuego. Podía disfrutar de una superioridad moral, o haber usado su movilidad para tomar terreno ventajoso, como Judas Macabeo en Beth-horon. Incluso un ataque exitoso, sin embargo, dejaba a menudo al atacante tan maltrecho por el fuego defensivo que pedir a las tropas que se reorganizaran para una persecución vigorosa era simplemente imposible. No solamente las bajas eran mucho más elevadas que en épocas anteriores, sino que la pérdida de cohesión y organización, la mezcla de hombres de diferentes unidades, el caos de un campo de batalla con una elevada potencia de fuego, todo ello conspiraba para eliminar la persecución como un componente integral de la batalla.

Un segundo problema relacionado era el declive de la caballería, el arma a la que tradicionalmente se le confiaba la ejecución de la persecución. A medida que avanzaba el siglo, las armas de fuego continuaban aumentando en potencia. Las armas de retrocarga, en las que el operador carga el arma a través de una abertura en la parte de atrás del cañón, reemplazaron a las viejas de avancarga. Más fáciles, rápidas y más cómodas que las de avancarga, las armas de retrocarga permitían a un soldado usar el arma mientras estaba tendido en el terreno y así pasaba prácticamente inadvertido para el fuego enemigo. Ahora, compárese su perfil de blanco con el hombre a caballo, que se convirtió en un blanco casi imposible de fallar en los campos de batalla del siglo XIX. La caballería encontró cada vez más difícil incluso acercarse a su



propia línea de frente, pasando a desempeñar un papel residual en el asalto a una posición enemiga. Y como los jinetes no estaban presentes en el asalto, no era fácil traerlos rápidamente para una persecución. Incluso pequeños grupos de enemigos, una retaguardia, por ejemplo, podían mantenerlos a distancia. Finalmente, había que considerar el impacto de la batalla moderna sobre el terreno. Las repetidas explosiones de los proyectiles de la artillería moderna revolvían severamente el terreno, y la infantería de ambos bandos a menudo cavaba trincheras y ponía obstáculos para protegerse del fuego enemigo. Sobre un terreno como este, era difícil para la caballería operar en un sentido agresivo, o incluso moverse. Durante la mayoría de las batallas del siglo XIX, los ejércitos triunfaron, los oponentes huyeron y la caballería amiga miraba.

Una tercera causa de esta falta de persecución era el creciente tamaño de los ejércitos del siglo XIX y la dificultad de mandarlos, controlarlos y comunicarse con ellos. Ejércitos de 200.000 hombres eran ahora comunes, operando sobre cientos de kilómetros de terreno abierto. Ya no era posible para un comandante estar en una colina y dirigir sus batallones hacia los puntos problemáticos del campo de batalla –el “modo napoleónico”, lo podríamos llamar–. Como resultado, incluso cuando los oponentes estaban huyendo del campo de batalla y fuerzas de refresco se encontraban en posición para perseguirlas, no había garantía de que los comandantes reconocieran la oportunidad que se presentaba o que pudieran explotarla a tiempo de ser así. La tecnología estaba mejorando en esta área, siendo el mejor ejemplo la introducción del telégrafo, pero este era demasiado lento e inflexible para ofrecer a un comandante control real sobre una batalla o una persecución. Generalmente atribuidos a malos comandantes, los problemas en esta área eran demasiado sistemáticos y complejos como para tener su origen en fallos individuales.

Y, sin embargo, el sueño de la derrota, persecución y aniquilación del enemigo vivió en las mentes de los militares profesionales europeos. Un oficial alemán escribió en vísperas de la II Guerra Mundial:

Sin una persecución incansable, ninguna ganancia táctica –por grande que parezca o por grande que sea el botín– tendrá un efecto duradero. Una vez que un ataque haya sido exitoso y haya indicios de que el enemigo esté retirándose o tenga intenciones de hacerlo, todas las armas deben inmediatamente ejecutar la persecución, si se va a lograr



En busca de la victoria decisiva

la completa aniquilación de las fuerzas hostiles, que es el objetivo de cualquier persecución².

La incapacidad de lograr esta visión se había convertido en el mayor problema militar al que se enfrentaban los ejércitos a medida que comenzaba el siglo XX. Cómo la abordaron, la analizaron y finalmente la superaron – restaurando una vez más la persecución a su lugar correcto y resucitando la posibilidad de guerra decisiva en el nivel operacional– es el tema de esta obra.

LA OBRA

La búsqueda de la victoria decisiva pretende ser una síntesis amplia de la guerra europea durante la primera mitad del siglo XX, centrada alrededor de la pérdida y recuperación de la decisión operacional. La movilidad será un tema clave. Si bien se suele decir que la guerra consiste en “fuego y movimiento”, el primero llegó a dominar el campo de batalla en este período, y el segundo pareció en peligro de desaparecer por completo. En esta época, los ejércitos victoriosos eran los que lograban seguir moviéndose; los que mantenían el ímpetu de su avance incluso frente a la fulminante potencia de fuego generada en el campo de batalla moderno; y los que, de algún modo, lograban limitar la movilidad de sus enemigos. El problema de la movilidad, sin embargo, tiene que ver con algo más que la velocidad relativa de los ejércitos hostiles. La movilidad era, y es, una suma de varios factores: la longitud y calidad de las líneas de suministro propias; el mando y control; el liderazgo; la moral relativa de los adversarios; la planificación de campaña de preguerra; y muchos más. Este libro analizará detalladamente a nivel operativo conflictos militares desde 1899 hasta 1940 y también estudiará los vigorosos debates sobre doctrina militar durante ese período para ver cómo los ejércitos europeos lograron la difícil misión de coordinar estos elementos en la búsqueda de la victoria operacional decisiva.

El análisis no se limitará a las dos guerras mundiales. El primer conflicto en ser estudiado será la Guerra Sudafricana o “Bóer” (1899-1902), en la cual el ejército británico aprendió una dura lección en tácticas modernas de una nación de granjeros. Aunque ha habido una tendencia a centrarse en los desastres británicos en las primeras semanas de la guerra (las batallas

² Ver el artículo del capitán Stentzler, “Gedanken über die Tätigkeit der Fliegertruppe bei der Verfolgung einer im Rückzug befindlichen Erdtruoee”, *Militär-Wochenblatt* 122, n° 47, 20 de mayo, 1938, p. 3009.



del Río Modder, Magersfontein, Stormberg y Colenso), esta fue una larga e inmensa lucha, pues los dos adversarios maniobraron sobre un teatro de operaciones tan grande como Francia y España juntas. La última fase de la guerra, la “guerrilla” o más exactamente la fase “comando”, es altamente instructiva en lo relativo a los problemas propios de las operaciones militares modernas, a medida que una fuerza británica mucho más grande logró de manera gradual inmovilizar a los Bóers y finalmente forzar su rendición.

La Guerra Ruso-Japonesa (1904-1905), con sus ametralladoras, alambradas, artillería pesada y una lista de bajas extremadamente larga, será estudiada a continuación. En dos avances convergentes, uno al sur hacia Port Arthur, el otro al norte hacia Manchuria, el ejército japonés hizo retroceder a los rusos una y otra vez, pero nunca logró destruirlos. En tres grandes batallas (en el Yalu, Liaoyang y Mukden), los japoneses intentaron rodear y destruir a su enemigo. Fracasaron en cada ocasión, debido a una combinación recurrente de factores –la inadecuada movilidad de las armas tradicionales; la creciente torpeza de los ejércitos en masa intentando las maniobras; y la dificultad que los japoneses tenían en mandarlos y controlarlos–.

Las Guerras Balcánicas de 1912-1913 forman una parte importante del libro. Las pequeñas potencias de la Península Balcánica dejaron a un lado sus diferencias históricas y se unieron para una guerra contra la Turquía Otomana. Aunque el mundo exterior esperaba una fácil victoria turca, los estados balcánicos, de hecho, infligieron una devastadora derrota a los turcos que esencialmente costó a estos sus posesiones de siglos de antigüedad en Europa y, a lo largo del proceso, demostraron que incluso estados pequeños y relativamente pobres podían dominar el arte cada vez más complejo de las operaciones militares modernas. Los ejércitos de Serbia y Bulgaria, en particular, demostraron al mundo que una infantería altamente motivada podía superar incluso las concentraciones más densas de potencia de fuego defensiva.

La I Guerra Mundial (1914-1918) fue la ilustración más vívida de los problemas que serán examinados en este estudio. Esta primera “guerra total” destruyó la posición dominante de Europa en los asuntos mundiales y sigue siendo el punto más bajo del arte militar. Fue una “guerra posicional” estática (*Stellungskrieg*) de trincheras, alambradas, ametralladoras y artillería, una contienda brutal de potencia de fuego que estaba casi completamente desprovista de maniobra, una guerra en la cual los Aliados finalmente triunfaron “a través del desgaste y no a través de una operación de largo



alcance”³, en palabras de un oficial alemán en la década de 1930. Fue a partir de este espantoso estancamiento que surgieron las dos soluciones al problema de la movilidad operacional y táctica. Una, fue el desarrollo alemán de las tácticas *Stosstrupp* (a menudo erróneamente llamadas de “infiltración”); la otra, fue un invento británico al que se le dio el nombre en clave de “tanque”.

El período de entreguerras (1918-1939) fue la época del “gran debate” sobre el futuro de la guerra. Aunque todo el mundo podía estar de acuerdo en que la guerra que acababa de finalizar había sido un desastre y que una guerra de trincheras a tal escala nunca debería repetirse, nadie pudo ponerse de acuerdo en qué pasos tomar para evitarla. Aparecieron dos escuelas de pensamiento futurista, cada una defendiendo una pieza de nueva tecnología que afirmaban que había cambiado la faz de la guerra para siempre. Un oficial británico, escribiendo en 1935, describió a estos grupos, con algo de exageración, comentando que para ellos “su evangelio puede ser resumido como el aire y nada más que el aire”, consideran que la única arma es el cañón y la bomba del aeroplano y defienden que las tropas terrestres son simplemente vigilantes de aeródromos. Después de estos tenemos a los entusiastas del tanque en cuyas mentes el arma aérea e incluso la artillería son meros accesorios”⁴. Los futuristas sostenían que las armas tradicionales habían dejado de ser útiles y necesitaban desaparecer. No sólo estaban hablando de la caballería sino también de la infantería y de la artillería. Todas ellas eran demasiado lentas para el ritmo de la guerra mecanizada, sin mencionar que eran muy vulnerables a los espantosos efectos de la potencia de fuego moderna.

Mientras se desarrollaba este animado debate, completado con afirmaciones exageradas de varias armas nuevas, comentarios *ad hominem* y, a veces, virulentos insultos, la mal llamada época de “entreguerras” tuvo su cuota de guerras: la Guerra Ruso-Polaca (1920-1921), por ejemplo, fue un conflicto altamente móvil de cargas de caballería y trenes blindados avanzando y retirándose rápidamente a través de un inmenso teatro de operaciones. La gran contraofensiva dirigida por el mariscal Josef Pilsudski delante de Varsovia fue uno de los mayores logros del arte operacional.

3 Teniente coronel Alfred Baentsch, “Der Motor in der Durchbruchsschlacht”, *Militärwissenschaftliche Rundschau* 3, nº 1, 1938, p. 83.

4 Crítica del libro del mayor general H. Rowan Robinson, *The infantry Experiment* (Londres, William Clowes and Sons, 1935), en *Journal of the Royal United Service Institution* 80, nº 517, febrero 1935, p. 218.